

El marxismo en la cultura brasileña

Leandro Konder Abogado y Cientista Político brasileño, Profesor de Posgrado en Ciencias Políticas en las Facultades Integradas Bennet de Río de Janeiro-Brasil. Autor de diversas obras, entre ellas "Lukacs", "Lo que es Dialéctica" y "Introducción al Fascismo".

El marxismo es, sin duda, una filosofía molesta, discutidora. Por ello mismo, irritante. Se comprende, por lo tanto, que sus adversarios reaccionen con aspereza a sus proposiciones polémicas. Lo que resulta más difícil de comprender es que ciertas críticas al marxismo sean siempre las mismas, a pesar de la fragilidad que demuestran en sus planteamientos. El pensamiento moderno ya ha producido varias vigorosas líneas de crítica contra los aspectos más problemáticos del marxismo. ¿Por qué razón, entonces, el antimarxismo insiste entre nosotros en la reiteración de tesis que ya están claramente desacreditadas como preconcebidas?

Una de estas tesis es la que caracteriza al marxismo como "ideología exótica". Todos los años aparecen en conspicuos discursos. Como hasta ahora no se ha elaborado en Brasil ninguna discusión filosófica de la amplitud de un Platón, de un Aristóteles, de un San Agustín, de un Santo Tomás de Aquino, de un Descartes, de un Locke, de un Kant o de un Hegel, todos somos inevitablemente tributarios de filosofías provenientes del exterior. Carece de sentido, por lo tanto, rechazar el marxismo sólo porque Carlos Marx no fué brasileño.

Una versión menos primitiva de esta tesis sostiene que el carácter "exótico" del marxismo no proviene al fin de cuentas del hecho de que Marx fuese extranjero, sino del hecho de que las ideas ligadas a su nombre constituyen una importación reciente en la vida cultural brasileña. Se trata de una extraña objeción que implícitamente nos condena a la eterna importación de los mismos productos que nos llegaban en el siglo pasado, y nos impide el acceso a las más recientes elaboraciones filosóficas "extranjeras". Aparte de eso, la presencia de las ideas de Marx en el Brasil no es reciente, ella puede constatarse ya en el siglo pasado.

"Ué, Ué, Catú"

El nombre del pensador alemán aparece en los escritos de diversos intelectuales brasileños significativos de finales del siglo XIX, como Lucio de Mendonca (1854-1909), Joaquín Serra (1838-1888), Tobias Barreto (1839-1889), Rui Barbosa (1849-1923), Clovis Bevilacqua (1859-1944), Silvio Romero (1851-1914), Farias Brito (1862-1917), y hasta el mismo Machado de Assis (1839-1908). En una divertida crónica de 1885, desenterrada por Raimundo Magalhaes Junior, Machado de Assis imagi-

na la llegada a Brasil de un socialista ruso ficticio, de nombre Petroff, y lo representa escribiendo una relación al Centro de Socialismo Universal, con sede en Ginebra. "Petroff asiste a un baile en una sociedad socialista que él supone revolucionaria, pero que apenas es recreativa. Ingenuamente, el agitador confunde la reunión festiva con un encuentro de correligionarios suyos. Los malos entendidos se suceden. Petroff pronuncia un discurso de agitación socialista, citando "a nuestro incomparable Carlos Marx". Nadie entiende nada, pero igual lo aplauden. Enseguida lanzan al aire el grito carnavalesco 'Ué, Ué, Catú', que Petroff interpreta como una variante brasileña del clamor revolucionario "muerte a los tiranos".

Machado se ríe de los socialistas, porque no divisa ninguna posibilidad concreta de aplicación del socialismo a la sociedad brasileña del siglo pasado. El no rechaza, sin embargo la hipótesis del socialismo en el futuro. Su periódico (La Gaceta de Noticias) comenta que China conoce el socialismo desde varios siglos, Machado dice con su lúcida y bienhumorada melancolía: "No nos aflijamos si el socialismo apareció primero en China que en Brasil. Eso vendrá a su tiempo".

Diecinueve años después de la referencia de Machado a Marx, el nombre del autor de "El Capital" aparece en el artículo "Un viejo problema" (1904) de Euclides de Cunha (1866-1909) y en los apuntes de derecho obrero publicados en el Correo de la Mañana por Antonio Evaristo de Moraes (1871-1939). En ambos casos, Marx es tratado con deferencia y simpatía. Además, merece destacarse el hecho de que tanto Euclides como Evaristo llegaron a interesarse por Marx a partir de los contactos que tuvieron con el movimiento obrero, de modo que el Marx al que se refieren es un teórico ligado muy concretamente a la lucha política y a las reivindicaciones de los trabajadores.

Con el advenimiento del nuevo siglo, el incipiente movimiento obrero permitió la acogida y difusión en Brasil de las concepciones de la Segunda Asociación Internacional de los Trabajadores. Ya existían núcleos organizados de propagandistas del socialismo, editando inclusive sus propios periódicos en Santos (Silverio Fontes, Sóter de Araujo y Carlos de Escobar), en Río de Janeiro (Mariano García, Estevam Estrella), en Recife (Joao Ezequiel de Oliveira Luz), y en otras ciudades. En la prensa obrera se expresaban con insistencia dos ideas de Marx; la que expresa que la emancipación de los trabajadores se debería solamente a la acción de los propios trabajadores, y aquella de que los trabajadores de todos los países deben unirse.

En general, no obstante, la resonancia del movimiento obrero era limitada en el conjunto de la sociedad y en la vida cultural brasileña. Y las ideas de Marx parecían confundidas eclécticamente con teorías muy extrañas a la perspectiva del filósofo alemán.

La extraña dialéctica de Brandao

Marx no es un autor fácil de ser comprendido y asimilado: sus ideas abarcan diversos campos y se apoyan recíprocamente, de manera que sólo el conocimiento del conjunto permite una apreciación equilibrada del alcance y de la exacta naturaleza de cada una de ellas. Aún en Europa la divulgación de las concepciones de Marx se hizo lentamente y albergó graves malentendidos. Los aspectos más profundamente innovadores de la dialéctica marxista, en las décadas que siguieron a la muerte del pensador, fueron sacrificados a los hábitos mentales cientificistas, "evolucionistas" y crasamente deterministas que eran habituales en la ideología dominante de aquella época. En Brasil, las dificultades para que alguien llegase a conocer efectivamente el pensamiento de Marx eran, sin duda, mucho mayores que en Europa. El acceso directo a sus libros era casi imposible. Hasta 1922 no había entre nosotros un centro nacional de difusión sistemática del marxismo. En 1922, en la estela de repercusiones de la revolución bolchevique en Rusia, se creó ese centro; se fundó al Partido Comunista del Brasil, sección brasileña de la Tercera Internacional. Se trataba en todo caso de un centro no muy bien dotado; sus propios dirigentes conocían bastante mal el marxismo.

El principal teórico en la dirección del recién fundado PCV era Octavio Brandao, que intentó en 1925 una primera interpretación "marxista-leninista" de la realidad brasileña en su libro "Agrarismo e Industrialismo". Brandao hablaba constantemente de la dialéctica marxista, pero no sabía realmente lo que ella era: la reducía a la fórmula "tesis-antítesis-síntesis" (una tríada que él aplicaba indiferentemente a todo, desde la historia del movimiento obrero en el Brasil, hasta la historia de Roma, pasando por el levantamiento de 1924). Brandao sustentaba la idea de que los males del Brasil se debían a los elementos medios que tenían los defectos de los extremos, sin poseer las cualidades de aquellos, y citaba como ejemplos a los pequeños burgueses (ubicados entre la burguesía y el proletariado), los espiritistas (entre los católicos y los materialistas ateos) y sorprendentemente los mulatos (entre los blancos y los negros).

Hasta comienzos de los años treinta, casi no había textos de Marx editados entre nosotros. Brandao, a pesar de su extrema debilidad como teórico, tuvo el mérito de proporcionarnos en 1924 (con un retraso de 76 años respecto de la edición original) la primera traducción completa del "Manifiesto Comunista". En realidad, esa era una de las raras traducciones de los escritos de Marx. Cuando hacia finales de 1927 Astrojildo Pereira, uno de los fundadores del PCB, fue a conversar con Luis Carlos Prestes en Bolivia, le llevó todo lo que pudo encontrar en Río de Janeiro en materia de literatura marxista. Sin embargo, el propio Astrojildo informa que casi todos los libros estaban en francés. Pablo Duarte en "¿Qué es lo que hay?" (1931), ya escribía: "El comunismo es motivo de conversaciones de salón". Pero era más que eso; y la derecha pasó a ocuparse de él con irritación creciente. Oliviano de Mello advirtió en "¿Comunismo o Fascismo?" (1931), que el mundo estaba gravitando en torno a dos centros que se excluían mutuamente: Moscú y Roma. La opción por Roma es decir, por el cristianismo pasaba por el "sindicalis-

mo nacionalista-fascista, basado en pura ideología cristiana". El escritor Octavio de Faria dio una substancial contribución al coro de voces de la derecha con sus libros "Maquiavelo y el Brasil" (1931) y "El destino del socialismo" (1933)

Una doctrina codificada

De parte de los adeptos y propagandistas del marxismo, el crecimiento de la influencia política no iba acompañada de una profundización en el conocimiento del pensamiento de Marx. El autor de "El Capita" aparecía mezclado y en cierto modo subordinado a Lenin y Stalin; se le ubicaba en el papel honroso, pero limado, de profeta del "marxismo-leninismo" una doctrina modificada puesta al servicio, pragmáticamente, de las exigencias del estalinismo.

Esa confusión traspasaba los límites de los cuadros de importancia estrictamente paritaria y alcanzaba a la propia reflexión de intelectuales celosos de su independencia. Hay una encuesta rechazada por la Revista Académica en 1935 que muestra eso. Murilo Miranda, director de la revista, preguntaba cuáles eran los libros necesarios para la formación de una cultura socialista. Las respuestas fueron extraordinariamente diversas, Carlos Lacerda indicó 37 libros, entre los cuales dos de Stalin, uno de Bela Kun, otro de Manuiski. Leonidas Rezende recomendó varios libros de Marx, sin embargo, insistió en combinarlo con el positivismo de Augusto Comte. Y Caio Prado Junior - brillante historiador que inauguró una nueva etapa en la historia del marxismo brasileño en 1933, con la "Evolución política del Brasil" - se limitó a escalar 6 libros (¡ninguno de Marx!): "La teoría del Materialismo Histórico", de Bujarin; el "Compendio de Economía Política", de Lapidus y Ostrovitinov; "Cuestiones fundamentales de marxismo", de Plejanov; "El Imperialismo", de Lenin; "El Estado y la Revolución" de Lenin, y "El Estado Socialista", de Anton Merger.

En la realidad, la discusión sobre las ideas de Marx había quedado enredada en forma empobrecedora, a la discusión sobre la evolución de la experiencia soviética. Los propios trotskistas, empujados por los partidos comunistas hasta la exasperación y empeñados en reivindicar la legitimidad del leninismo, obligados a una interminable discusión sobre el Estado dirigido por Stalin, terminaron comprometiéndose, inadvertidamente con el empobrecimiento de los escritos de Marx.

El "estado nuevo" y Marx como judío agitador

Después del desdichado golpe que intentaron en noviembre de 1935, los comunistas brasileños y sus aliados se vieron ferozmente perseguidos; y la represión fue seguida de una "denominación" de los teóricos del comunismo (especialmente de Marx). Con el advenimiento del "Estado Nuevo", la ofensiva antimarxista se radicalizó. Carlos Maul, en un libro titulado "Nacionalismo y Comunismo", salu-

daba los ejemplos de nacionalismo - "todos dignos de ser imitados"- proporcionados por Hitler, Mussolini y Salazar. Ramos de Oliveira, en "Aspectos sociales bajo dos prismas", decía que el comunismo había sido elaborado por un hombre (Marx) que "era absolutamente inepto para ganarse la vida" y había sido llevado a la práctica por otro (Lenin) que "no era muy aficionado al trabajo", Prado Riveiro, en "¿Qué es el comunismo?", explicaba: "Para el marxismo el trabajo intelectual nada significa. De manera que los cerebros privilegiados de un Goethe o de un Leibniz valdrían menos que cualquier cargador o fabricante de zuecos".

Con frecuencia, el antimarxismo se combinaba con el antisemitismo. El padre Alfonso María, en "La hipocresía del comunismo", recordaba que Marx era judío y escribía: "Hoy el judío predomina en Rusia; su poder es formidable; vive deleitándose en placeres". Gustavo Barroso era más incisivo aún: en "Comunismo, Cristianismo y Corporativismo", afirmaba que Marx era un "judío agitador", influenciado por "el libro judaico": 'La esencia del cristianismo', de Feuerbach", como así mismo por el "judío Chaim Buckeburg, conocido en las letras del mundo como el poeta Henri Heine". Y sobre el marxismo concluía lo siguientes: "su motor infatigable es el judaísmo internacional".

Siempre que la represión antimarxista se exagera, por otro lado, ella no pierde la oportunidad para ampliar el radio de acción de sus golpes y trata de movilizar las fuerzas de la derecha contra todas las tendencias democráticas y progresistas (incluso las más moderadas). Ello se puede verificar en las posiciones de los juristas del Estado Nuevo: Julio Barata y Raúl Machado. En "El espíritu de la nueva Constitución", Julio Barata advertía que el marxismo aún no había sido extirpado y conseguiría infiltrarse en la cultura brasileña y estaba presente en la literatura realista ("populista"), que "adiestraba el pincel en la reproducción de las escenas dolorosas que la miseria produce". Y Raúl Machado en "La insidia comunista en las letras y en las artes del Brasil", yendo más lejos, caracterizaba el modernismo como "una forma bolchevique de arte", denunciaba los temas de las sambas ("son disolventes de la moral"), y la pintura de tipo expresionista ("reducida a verdaderas creaciones teratológicas, porque es preciso irnos acostumbrando, desde ya, a la glorificación de lo monstruoso").

Los ejemplos podrían multiplicarse hasta la náusea. Contando con la paciencia del lector, me limito a citar un caso más: el del libro "Komintern", de Odete Carvalho y Souza, en el cual se afirma que Le Corbusier y Gropius, con su arquitectura "han contribuido grandemente a la propaganda del espíritu marxista.

Stalin: el cuarto clásico

Felizmente como no hay mal que dure para siempre, el Estado Nuevo terminó un día. Se produjo, entonces, una breve "apertura" promovida y controlada de "arriba" hacia "abajo" como es habitual que sean las "aperturas" en esta sociedad nuestra tan elitesca, tan autoritaria y tan antidemocrática. Aunque precarios y breves,

esos períodos siempre han sido fecundos para la vida cultural brasileña; y el momento que siguió a la derrota del nazi-fascismo en el plano mundial y la declinación de la dictadura en el plano nacional fue un momento animado, lleno de debates interesantes.

El editor Calvino publicó diversos textos de Marx y Engels. La lectura del libro de Engels sobre el origen de la familia estimuló en aquella época la vocación antropológica de Darcy Ribeiro. El prestigio de la Unión Soviética, no obstante, continuaba siendo mucho más importante que las propias concepciones de Marx. Cuando se desencadenaron los vientos de la "guerra fría" y volvió el anticomunismo a pasar a la ofensiva, no quedó casi nada de lo que había sido plantado durante la corta "apertura". Al endurecimiento de la represión, los comunistas respondieron también endureciendo su política y sus ideas, cerrando filas en torno del liderazgo mundial de Stalin, transformado en cuarto clásico del marxismo. (La influencia de Stalin no debe ser desestimada; aún hoy, existen numerosos comunistas cuya manera de pensar tiene sus matrices en el "cuarto clásico").

En 1956 vino el 20° Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, iniciándose una "desestalinización" que nunca se profundizó. Khrushchov pretendió dar una extraña explicación del estalinismo, basándose en el llamado "culto a la personalidad de Stalin". Era una explicación que nada tenía que ver con el marxismo y con la búsqueda de las causas materiales más profundas de los fenómenos históricos; a pesar de ello fue adoptada hasta hoy y mantenida oficialmente por el P.C. de la URSS. Los comunistas brasileños quedaron muy abatidos. A partir de aquel momento, iniciada la crisis irreversible de credibilidad del "marxismo-leninismo" (construcción ideológica que no hizo justicia ni a Marx ni a Lenin), el Partido Comunista Brasileño perdió la posibilidad de alcanzar un monopolio del marxismo entre nosotros.

A pesar de todo, empieza la batalla de las ideas

El cisma chino-soviético puso fin al monolitismo a escala internacional y la creación del Partido Comunista del Brasil dio inicio a una serie de "quebras" en el Partido Comunista Brasileño. Pero lo que ocurrió de mayor importancia en la asimilación de las concepciones de Marx fue la creación de grupos de estudio independientes, investigadores, profesores universitarios que se dispusieron a leer a Marx sin los percances de una óptica inmediateista. El grupo que se organizó en Sao Paulo en torno de Paul Singer, Fernando Henrique Cardoso, Fernando Novaes, Octavio Ianni y otros, constituía una expresión pionera de los nuevos tiempos.

El derrumbe de Joao Goulart, en 1964, desencadenó una nueva "caza de brujas" y reactivó viejos prejuicios antimarxistas. El antisemitismo fue dejado de lado porque los nuevos tiempos ya no lo permitían; no obstante, la acusación de "ideología exótica" que ya estaba gastada en los años treinta se benefició con una enfática resurrección. La represión cabalgó sobre los burdos esfuerzos de algunos auto-

res de izquierda que pretendieron oponerle la lucha armada. La escalada de la violencia represiva ultrapasó lejos los niveles del Estado Nuevo: pasó por la requisita de libros, la prohibición de espectáculos, la censura de imprenta, las prisiones, la generalización de la tortura y la liquidación física de numerosos resistentes.

Cuando amainó el temporal, sin embargo, pudo verse que no todo había sido destruido. A pesar de la limpieza realizada en algunas universidades, el estudio de Marx muchas veces reducido a un mínimo realizó algunos avances. En 1967, la editora Civilización Brasileña inició la publicación de la primera edición completa de "El Capital" (que se completó en Brasil más de un siglo después de la aparición del libro en Alemania). Actualmente, se están editando los volúmenes de la "Teoría de la Plusvalía" y ya se habla de una traducción integral de los "Grundrisse".

Además de aquello, fue en estos últimos dieciocho años que los brasileños comenzaron a tener acceso más amplio a los teóricos marxistas más densos y estimulantes de nuestro siglo (con la excepción de Lenin que ya era conocido de antes, aunque frecuentemente con poco espíritu crítico), Antonio Gramsci, Geoge Lukacs, Rosa Luxemburgo, Walter Benjamin, Bertolt Brecht, Karel Kosik, Luis Althusser, Herbert Marcuse, Galvano de la Volpe, Pietro Ingrao, Eric Hobsbawn, Isaac Deutscher, Lucien Goldmann, Agnes Heller, José Carlos Mariátegui y otros. La lectura de estos autores tan diferentes unos de otros y el estudio directo de Marx hicieron posible la elevación de la competencia teórica de los marxistas brasileños, capacitándolos para una participación más eficaz en aquello que los italianos ya llamaron "la batalla de las ideas".

Esa "batalla de las ideas" tiende a desempeñar un papel cada vez más importante en la vida política brasileña.

Una filosofía molesta, discutidora e irritante

Con la modernización capitalista, con la complejidad del tejido social, con la "racionalización" del mercado y el comienzo del proceso de superación del carácter gelatinoso de la "sociedad civil" (para usar el lenguaje gramsciano), se nos están imponiendo condiciones en las cuales resulta necesario trabar una larga y compleja "guerra de posiciones" en lugar de la "guerra de movimientos" que estaba implícita en los horizontes tradicionales de la izquierda brasileña. La fuerza real que los marxistas sean capaces de acumular dependerá, entonces, del poder de persuasión que logren demostrar.

El marxista, por principio, no se contenta con interpretar el mundo: insiste en intervenir en él, activamente, para transformarlo. Para que esta acción transformadora no sea puramente "simbólica" es preciso emprenderla en los términos políticos adecuados a la situación que se afronta. En el Brasil actual, de la "apertura",

conducida por el presidente Figueiredo, el cuadro político, a mí modo de ver, presenta dos desafíos fundamentales para los marxistas: 1) el de contribuir a aislar, en la práctica, a la extrema derecha, que pretende terminar con la "apertura"; y 2) el de establecer adecuadamente el debate teórico-político con la derecha "civilizada" y con los liberales conservadores, que están empeñados en institucionalizar el régimen de manera de cercenar cualquier avance democratizador industrial.

En el primero de los dos desafíos, el adversario rechaza cualquier diálogo con los marxistas y quiere suprimirlos del mapa a cualquier costo. En el segundo, los oponentes pueden ser hasta contradictores irreductibles, pero representan un momento fundamental en el proceso de enriquecimiento dialéctico, contradictorio, de reflexión sobre la cultura brasileña. Los marxistas no pueden dejar de combatirlos con firmeza, pero también es preciso que aprendan a respetarlos, y con ellos deben edificar las bases de la convivencia pluralista. Una convivencia en la cual ellos vean garantizado el derecho de continuar siendo lo que son, y en la cual el marxismo también pueda continuar, finalmente, siendo lo que es: una filosofía molesta, discutidora. Por ello mismo, irritante.